

MOSCON.  
Somos como dos hermanos.

DON LOPE.

¿Estás satisfecho?

MOSCON.

Si,

Cuando tengo amigos buenos,

Y que soy su amigo ven,  
Nunca he reparado en  
Un bofetón más ó ménos.

AURORA.

Pues yo, de lo que he enredado,  
Perdon llegue á merecer.

DON LUIS.

¿Qué falta ahora que hacer?

DON LOPE.

Pedir perdón al senado.

MOSCON.

Y á un vitor también me obligo,  
Si algo con él se remedia;  
Mas si es mala la comedia,  
No hay amigo para amigo.

## CASARSE POR VENGARSE.

### PERSONAS.

BLANCA, dama.

ENRIQUE, infante de Sicilia.

ROBERTO, padre de Blanca.

EL CONDESTABLE DE SICILIA.

CUATRIN, gracioso.

ROSAURA, dama.

SILVIA, criada.

### JORNADA PRIMERA.

Selva.

Sale BLANCA.

BLANCA.

Pardo risco de sauces coronado,  
Alegre y fértil prado,  
Por quien aquella selva, esta ribera  
Todo el año es florida primavera;  
Arroyuelo sonoro,  
Vihuela de cristal con trastes de oro,  
Que huyendo de esa fuente  
Apresurado al mar, tan imprudente,  
Dejas de esa campaña el azul raso,  
Que aún no es tu Oriente, cuando ya  
[es tu ocaso;  
Sabed (si os entenece cuanto lloro)  
Que á Enrique, infante de Sicilia, adorado  
Arpadas y sonoras, dulces aves, [ro.  
Que cantando suaves,  
Flores con voz os juzga ese elemento,  
O copos que ha llovido el sol al viento;  
Sabed (si os entenece cuanto lloro)  
Que á Enrique, infante de Sicilia, adorado  
[ro.

Sale ENRIQUE por otra puerta.

ENRIQUE.

Monte Olimpo eminente,  
Tú que al cielo te pones frente á fren-  
Y dándole desmayos, [te,  
Mendigo, en resplandor le bebes rayos,  
Vidrieras del sol, nubes, ofensas  
Del viril celestial, que á trechos den-  
Para eclipsar la luz al claro día [sas,  
Chupais humores á la tierra fría;  
Sabed (si os entenece cuanto lloro)  
Que á Blanca, fénix de Sicilia, adoro.  
Arboles matizados de colores,  
Verde murta, alta hiedra, humildes  
Bosque alegre y sombrío, [flores,  
Tesorero que guardas el rocío [rora;  
Que en perlas te entregó la blanca Au-  
Y al dar cuenta la paga se mejora,  
Pues si en letras de aljofar lo ha li-  
[brado

En plata se lo pagas á este prado;  
Sabed (si os entenece cuanto lloro)  
Que á Blanca, fénix de Sicilia, adoro.

BLANCA.

En hora buena, Señor,  
Noble Infante, dulce hechizo  
De un alma en quien firme muero,  
De un pecho en quien roca vivo,  
Seas venido á mis ojos;  
Que estoy tan poco conmigo  
Cuando en los tuyos no estoy,  
Que si me busco, es preciso  
Ó en ti mismo hallarme yo  
O que me halles en ti mism.

ENRIQUE.

Pues yo mirándome en ti,

Tan otro en mí me imagino,  
Que porque sé que me quieres,  
A quererte más me animo;  
Y aún no sé á cual quiero más  
De los dos, pues necesito  
De eleccion en la igualdad,  
Que estando los dos unidos,  
Yo en ti, como prenda tuya,  
Tú en mí, como cielo mío,  
No sé si he de querer más,  
Suspense, amante y remiso,  
O á mí porque tú me quieres,  
O á ti, porque á ti me inclino.

BLANCA.

Dejemos los argumentos,  
Y los discursos prolijos,  
Pues no digo cuanto siento,  
Aunque cuanto alcanzo digo;  
En aquesta quinta hermosa  
Que alinda al mar cristalino,  
Y con las nubes soberbias  
Frisan sus techos pajizos,  
Nos hemos criado juntos,  
Porque el Rey, tu hermano invicto,  
Te aborreció por decretos  
Que observan los astros limpios.  
Mi padre, Roberto, aquí  
Te ha criado como á hijo,  
Y desde nuestras niñeces  
Parece que nos leímos  
Las almas, pues tan conformes  
Amantes hemos vivido,  
Que siendo iguales en todo,  
En el campo parecimos  
Dos flores que de una mata  
Despliega el fresco rocío.  
Ya, pues, creciendo la edad,  
Crecieron los albedrios,  
Y como en distintos cuartos  
Estamos los dos, rompimos  
Esta pared para vernos;  
Y está con tal artificio  
Dispuesta, y tan bien trazado,  
Que no ha de haber, imagino,  
Por la destreza del arte,  
Imaginacion ni indicio  
De que podamos abrirla  
Como si fuera un postigo;  
Porque aunque está por defuera  
Blanqueada, la dispusimos  
De manera por de dentro,  
Que de este jardín florido  
De noche á mi cuarto pásas  
Por ella; pero no ha habido  
Niebla que pueda turbar  
Las luces del honor mío.  
En efecto, ilustre Infante,  
Hoy tanto en tu amor confío,  
Que quiero (pues que mi padre  
Está en Palermo, y te obligo  
Amante como yo misma)  
Que te desposes conmigo,  
Pues si en sangre no te excedo,  
Que no me excedes colijo;  
La ocasion se nos ofrece,

Tú me quieres, yo te obligo,  
Tú me estimas, yo te adoro,  
Tú me adoras, yo te imito.  
Rompanos dificultades,  
Atropellemos peligros,  
Yo cumpliré con mi amor;  
Tú conmigo habrás cumplido.  
Mas si confuso te apartas,  
Si te disculpas remiso,  
Habré pensado inconstante,  
Recelosa habré temido,  
Que son falsos tus requiebros,  
Que ha sido tu amor fingido,  
Basiliscos tus razones,  
Y tus lisonjas hechizos.  
Mira, pues, qué me respondes,  
Mi vida dejo á tu arbitrio,  
O correspondeme, ingrato,  
O admíteme agradecido.

ENRIQUE.

Ofensa, más que lisonja,  
Agravio, más que amor fino,  
Poca fe, más que firmeza,  
De tus razones colijo;  
¿Tú dudas, tú te confundes,  
Cuando conoces que he sido  
En quererte más constante  
Que aquel empinado risco,  
Que hecho puntal de diamante  
Sustenta á esos epiciclos?  
¿Para qué quieres que ausente  
Tu padre intente delitos,  
Que en el achaque de honor  
Pueden parecer peligros?  
Hoy vendrá ya de Palermo,  
Y al mismo instante imagino  
Pedirte; no te receles,  
Deja discursos prolijos,  
Que hermosura y desconfianza  
Hacen efectos distintos.  
¿Quieres ver cómo no puedo  
Ser señor de mi albedrio?  
¿Cómo he de adorarte siempre?  
¿Cómo constante y activo,  
Si Fénix muero en tus rayos,  
Salamandra resucito?  
Pues oye en breves progresos  
Conceptos bien entendidos.  
Produce la primavera,  
Tal vez en un sitio mismo,  
Dos flores, y allí verás,  
Que argentadas del rocío  
Que en perlas viste la aurora,  
Va creciendo al paso mismo  
La una flor con la otra flor,  
Y desplegando el capillo  
Con voz de olor se saluda,  
Y abriendo el cogollo fino  
Tanto en la mata se enreda,  
Que parece que han nacido  
A hacer dulce maridaje  
En tejidos laberintos.  
Mas si la una flor se muere  
Dando al aire parasismos,  
Parece que la otra flor,



Del dolor de haber perdido  
Su semejante ó su amante,  
Si ántes fué al campo florido  
Azucena de las rosas,  
Yace desmayado lirio.  
Los dos, pues, somos dos flores,  
Que habiendo juntas crecido,  
Era fuerza que faltando  
Por accidentes precisos  
Una de las dos, muriera  
La otra flor; y así entendido  
Que á faltarme tú en el campo  
Donde fragantes vivimos,  
Había de morir yo  
Desesperado y corrido.  
Y si así puedo tener  
Almas que á tu amor dedico,  
¿Cómo había de apartarme  
De tus rayos sensitivos,  
Si cuando con ellos muero  
Flor en ellos me habilito?  
Y así, faltándome aquella  
Que pudo crecer conmigo,  
No cumpliera con la fe  
Que debo á tus beneficios  
Si al compas que flor has muerto  
No vengo á morir contigo.

BLANCA.

¡Ah, Enrique! desigualdades  
Suelen padecer peligros;  
Yo (aunque en sangre no me excedes)  
Soy, cuando á igualarte aspiro,  
Parto errante de esta selva,  
Aborto inútil de un risco;  
Tú, hermano de un rey, que atiendes  
A reinar, pues no ha tenido  
En veinte años de casado  
Ramas de su tronco altivo;  
Y aunque el Rey puede nombrar  
Por heredero á un sobrino,  
Está enfermo, y es su hermano,  
Y ha de admitirle propicio,  
Que en los gustos y en las muertes  
Se acaban los enemigos,  
Y suelen con los estados  
Mudarse los albedrios.  
¿No ves entregarse al mar  
Aquel río fugitivo,  
Que hace golfo esa ribera,  
Tan soberbio, tan altivo,  
Que duda el río si es mar,  
Ó duda la mar si es río?  
Pues yo le conocí arroyo,  
Tan humilde y abatido  
Que le atajaba la murta  
Los pasos á su destino.  
Y hoy, soberbio y arrogante,  
Mónstruo de nieve vestido,  
Lleva á saco las campañas,  
Burlándose de lo mismo  
Que ántes le atajó los pasos  
A su primer precipicio.  
Mira aquel batel alado  
Que hecho hipogrifo marino,  
Olvida azules campañas,  
De los vientos impelido;  
Pues yo le vi zozobrando  
Ocultarse en el abismo,  
Y ya del viento ayudado,  
Vuela grave y corre altivo.  
Pues si un arroyo creciendo  
Se olvida de su principio,  
Y si una barquilla frágil  
Burla los salobres riscos,  
Uno con plantas de nieve  
Y otro con alas de lino,  
Claro está que he de temer,  
Cuando tus pisadas sigo,  
Que con mudanza del tiempo  
Batel corras, vuela río.

ENRIQUE.  
La respuesta escucha, Blanca;  
Pero tu padre ha venido.

BLANCA.  
Irme quiero.

ENRIQUE.  
¿Para qué?  
Pues tu padre no ha entendido  
De nuestro amor las finezas,  
Ni en crédito ni en indicios.

Sale ROBERTO.

ROBERTO.  
¿Hijo, Enrique? ¿Blanca mía?

BLANCA.  
¿Señor?

ENRIQUE.  
Hoy mi gloria empieza.

ROBERTO.  
Vengó con mucha tristeza  
De traer mucha alegría;  
A un tiempo para los dos,  
No sé si vengo á contar,  
O para tu fe un pesar,  
O un contento para vos.  
Sabed que...

ENRIQUE.  
No prosigais,  
Porque es imposible haber  
Asegurado un placer  
Si una pena asegurais;  
Que si yo gozo el contento,  
Aunque la pena lleveis,  
Sé que el contento tendreis;  
Y, al contrario, tambien siento,  
Que si vos tenéis pesar,  
Aunque yo tenga el contento,  
Será tal el sentimiento  
De veros á vos penar,  
Que entre amorosos trasuntos,  
Como tanto nos queremos,  
O los dos, gozos tendremos,  
O los dos, pesares juntos.

ROBERTO.  
Eso es imposible ser;  
Y para argüir mejor,  
Sabed, que nace el dolor  
De que os tengo de perder.  
Y, en fin, como os he criado,  
Y en mi casa habeis vivido,  
Sabe Amor cuánto he sentido  
Vuestra ausencia y mi cuidado.  
Porque es de mis canas ley,  
El contento en vos es llano,  
Y es que murió vuestro hermano,  
Que heredasteis y sois rey;  
Vuestros piés, Señor, me dad,

(De rodillas.)  
Y mi humildad no os espante,  
Que ántes os miraba Infante  
Y agora os miro deidad.

ENRIQUE.  
Roberto, á mis nobles lazos  
Subid, como padre mio,  
Pues deudas de mi albedrio  
Quiero pagar con mis brazos;  
Mas quiero que vos reineis,  
Príncipe, en mi voluntad,  
Que la imperial majestad  
Del reino que me ofreceis.  
Este reino es de los dos,  
Y hoy en tal alto lugar  
He de dejar de reinar,  
Porque reineis solo vos;  
Dadme agora ese papel.

(Haya una cartera con recaudo de escribir sobre un bufete, y dásele Roberto. Firma Enrique, y da la firma en blanco á Blanca.)

ROBERTO.  
¿Qué intentais?

ENRIQUE.  
Quiero empezar  
A agradecer y pagar  
Méritos de un pecho fiel:  
Aquesa firma tomad,  
Blanca hermosa, cuanto soy  
En siete letras os doy;  
En mi albedrio mandad.

BLANCA.  
Yo os agradezco el favor,  
Y puesto que mi albedrio  
No puede llamarse mio,  
A mi padre y mi señor  
La doy con vuestra licencia,  
Que no es bien en mis favores,  
Cuando él sobra á darme honores  
Que falte yo á su obediencia.  
(Dale Blanca la firma á su padre.)

ROBERTO.  
Tu fe y tu amor se confirma,  
Y puesto que me la das,  
Blanca mía, tú verás  
Lo que importa aquesta firma;  
Y vuestra Alteza podrá,  
Antes que el sol vuelque el coche,  
Ir á Palermo esta noche,  
Que pues media legua está  
Desta humilde casería,  
Bien es con vuestro arrebol,  
Que si ayer le dejó el sol  
Hoy en vos le salga el día.  
Ya todo lo noble viene,  
Aunque yo me he adelantado,  
Que alas me prestó el cuidado,  
Y pues de su parte tiene  
Lo noble con lo vulgar,  
Salga con méritos tales  
A dar honra á los leales,  
Rayos á lo popular.

ENRIQUE.  
Id, pues, que yo partiré.

ROBERTO. (Ap.)  
Hoy mi lealtad se confirma,  
Que pues llevo aquesta firma  
En blanco, intentar podré  
Con tan nuevo pensamiento,  
Aunque él lo quiera impedir,  
Lo que su hermano al morir  
Mandó por su testamento.  
(Llore Blanca.)

ENRIQUE.  
¿Vos con lágrimas, Señora,  
Siendo mi gloria precisa?  
Aunque lágrimas de risa  
Suele verter el aurora.  
Mas puesto que el alma ignora  
La causa, saber querría  
Dudosa mi fantasia,  
Cuándo con llanto me hablais,  
Si las perlas que arrojaís  
Son de pena ó alegría?

BLANCA.  
Cuando vida y muerte siento  
Llevada de una ilusion  
No sé si de pena son,  
O si fueron de contento.  
Ya mis recelos consiento,  
Y ya se alegra mi amor,  
Y así entre amor y temor,  
Dudo vuestra, y temo mía,  
Si las guardo á mi alegría  
O las debo á mi dolor.

ENRIQUE.  
Oye, pues quiero probar,  
Pues le llevo á conocer,  
Que estas perlas han de ser  
Nacidas de tu pesar.

Cuando procede el llorar  
De algun grave sentimiento,  
Es evidente argumento  
(Si me entiendes como escuchas)  
Que salen, si es pena, muchas,  
Pero pocas, si es contento.  
Natural es la razon,  
Que en un mal acreditado,  
Viéndose el pecho apretado  
Las expelle el corazon;  
Mas si de alegría son,  
Como está el alma espaciosa,  
Por todas partes rebosa  
Las lágrimas en despojos,  
Y así se sale á los ojos  
La que fué perla á ser rosa.  
Pongamos, para enseñarte,  
Algun agua en esta mano;  
Cierra la mano, y es llano  
Que saldrá por esta parte;  
Mas ábrela y se reparte  
 Toda el agua por la palma,  
Y así saco en esta calma  
De aquesta misma razon,  
Que hay pena, si muchas son;  
Si pocas, gozo del alma.  
Tú, pues, si el llanto consientes  
Cuando argüir me provoco,  
A ser el llanto más poco,  
Dijeras gustos presentes;  
Lloras mucho y mucho sientes,  
Luego podré imaginar  
En tu continuo anhelar,  
Por evidente argumento  
Que á ser poco era contento,  
Y siendo mucho es pesar.

BLANCA.  
En mis prolijos dolores,  
Confesar es justa ley.  
Que áun no empezais á ser rey  
Cuando empiezan mis temores;  
Penas, recelos, rigores  
Tienen mi pecho alterado  
Viéndonos en tan alto grado;  
Porque puede ser, Señor,  
Que se mude vuestro amor,  
Pues se muda vuestro estado.  
Y si he de feriar á precio  
De un olvido dolor tanto,  
Muérame yo de mi llanto  
Y no de vuestro desprecio;  
Porque más constante precio  
Cuando el rigor me convida,  
Si he de mirarme ofendida  
En mi daño y vuestra suerte,  
Una apresurada muerte  
Que una dilatada vida.

ENRIQUE.  
¿Tú dudar y tú temer?  
Tú suspirar y sentir?  
Poco te debe el vivir,  
Si te das al parecer.

Tu esposo tengo de ser,  
En Palermo quiero ufano  
Casarme, y pues glorias gano,  
Pretendo por lauro y palma,  
Si en secreto te di el alma,  
Darte en público la mano.  
Allá te espero, Señora,  
Yo me quiero adelantar,  
No tienes que recelar,  
Lágrimas reprime, aurora;  
Bien sabes tú que hasta agora  
Ni constante ni amoroso,  
Ese copo milagroso  
He tocado de cristal;  
Pues gócele yo en señal

(Tómale una mano.)  
De que hoy he de ser tu esposo.  
Aquella firma que di  
Fué (pues mi estado te altera),

Para que tu amor biciera  
Lo que quisiese de mí,  
Queda adios, tuyo he de ser.

BLANCA.  
Yo amante y agradecida  
Te ofrezco, ¡es poco una vida  
Para poderla ofrecer!

ENRIQUE.  
Mundos quisiera tener.

BLANCA.  
Almas yo.

ENRIQUE.  
Yo sentimientos.

BLANCA.  
¿Te vas, en fin?

ENRIQUE.  
¡Qué tormentos!

BLANCA.  
A aguardarte voy.

BLANCA.  
Yo iré;

Pero aguardate, porque  
Hablando, mis pensamientos  
Me dicen en mi dolor...

ENRIQUE.  
¿Qué tienes? di, ¿qué quisieras?

BLANCA.  
No quisiera que te fueras.

ENRIQUE.  
¿Qué sientes, Blanca?

BLANCA.  
Un temor.

ENRIQUE.  
Eterno será mi amor.

BLANCA.  
Firme seré.

ENRIQUE.  
Yo constante.

BLANCA.  
Roca soy.

ENRIQUE.  
Seré diamante.

BLANCA.  
Así de tu amor lo infiero;

¿En fin, iré?

ENRIQUE.  
Allá te espero.

BLANCA.  
Soy tu esposa.

ENRIQUE.  
Y yo tu amante.

(Vanse.)

Salen EL CONDESTABLE  
Y CUATRIN.

CONDESTABLE.  
¿No dejarás, Cuatrin, tus disparates?

CUATRIN. [tes,

¿No quieres que me admiren tus disla-

Pues parece, según estás suspenso,

Que se te llega el plazo de algun censo?

¿Hoy que al Rey, que es del mundo

[nuevo espanto,

En Sicilia le espera noble tanto,

Te sales de con ellos, y en palacio

Te entras á llorar penas tan de espacio?

CONDESTABLE.  
Aquí esperarle quiero; [muero!

¿Ay, Blanca hermosa, por tus soles

CUATRIN.  
Pon tus potencias y tu vida en salvo;

Ven acá, dime, ¿empiezas á ser calvo?

Que esta era triste suerte,

Y tanto mal se advierte

En un calvino que se ve pelado,  
Que pesante de estar calaverado,  
No hallando lo esmaltado de la pieza,  
Piensa que se le muere la cabeza.

CONDESTABLE.  
Cualquiera mal tomara  
Como aqueste volcan no me abrasara.

CUATRIN.  
¿Que calvo ser tomáras? mal intento;  
Oyeme de los calvos este cuento.  
Contra el dios Baco cometió un pecado  
La mona; pero Baco muy airado,  
Desde su trono, donde monas salva,  
La mona condenó á que fuese calva;  
Mas apeló la mona la sentencia  
Al dios Júpiter, y él con más clemencia  
Licencia dió á la mona que pusiera  
La calva en cualquier parte que qui-

[siera;  
Mas ella, la sentencia confirmada,  
Llamándose infeliz y desdichada,  
Tanto en su mismo enojo se atropella,  
Que iba buscando en sí donde ponella;  
Y, en fin, por no ponérsela en la frente  
La puso en el lugar más indecente.  
Considera tú, pues, repára ahora,  
Que el castigo en la mona se mejora,  
Pues lo que el calvo trae en la mollera,  
La mona lo trae puesto en la trasera.

CONDESTABLE. [dado!  
¡Ay, Cuatrin, que me muero de un cui-

CUATRIN. [gado;

Parece que has perdido y que has ju-

Mas cuéntame tu mal y tu tragedia,  
En ley de buen galán de la comedia  
Que habla con su lacayo en mucho se-

CONDESTABLE. [so.  
¿Sabrás darme un consejo?

CUATRIN. Di el suceso.

CONDESTABLE.  
De los lazos de amor desengañado,  
Por la verde fragancia de este prado,  
Matiz que dibujó la primavera  
Por pintar de esmeralda esa ribera,  
Llegaba yo á un arroyo cristalino  
Sediento del calor; el labio inclino  
Al corriente, que aljofar se desata,  
Y apenas bebo un rayo de su plata,  
Cuando, sin que del agua me levante,  
Miro venir por el arroyo un guante.  
Sácale entónces del corriente puro,  
Y por breves discursos conjeturo  
(Cuando á lograrle en los cristales iba)  
Que su dueño quedaba más arriba.

Subo, pues, por la orilla, que argentada  
Era vena de plata destilada;  
Déjome gobernar del pensamiento,  
Y á pocos pasos ruido de agua siento.  
Voy dudando un discurso de retamas  
Y encúbromé en lo espeso de las ra-

[mas,  
Suelto la vista y miro entre la arena  
Una mujer en traje de Sirena:  
Vida del campo, de las flores muerte,  
Lavábase la cara desta suerte.

Sentada en las orillas,  
Se quitó de los brazos dos manillas,  
Unos anillos luego,  
Y tocando en el agua, tocó á fuego:  
El arroyo, que hablaba  
Con lengua de cristal, que murmuraba  
De afrenta de mirar tanta blancura,  
La dijo: «Aunque me venza tu hermo-

[sura,  
Pues que tu blanca mano á mí se atre-

La pienso derretir toda la nieve.» [ve,  
Tiró las mangas de los blancos brazos,



Díselos al arroyo, y díole abrazos;  
La sangre que en sus venas se inquie-  
[taba,

Tan gozosa en los brazos se mostraba,  
Que mirandola inquieta parecia  
Que por gozarlos todos los corria.  
Llegó el agua á la cara y á los ojos,  
Cególa su cristal, y dióla enojos;  
Mas el arroyo, que la vió burlada,  
De sus mismos cristales salpicada,  
Aunque al mar caminaba tan aprisa,  
Por verla airada se paró de risa.  
Pero estando sus ojos disfrazados  
Casi con los cristales eclipsados,  
Que eran el agua y ojos advirtieras,  
Ellos soles y agua las vidrieras.  
La nariz, que al cristal daba despojos,  
Metió paz en la guerra de sus ojos,  
Porque á no estar en medio, en dulce

[riña,  
Los dos se dieran muerte niña á niña.  
Su boca entonces, clavellina breve,  
A puro carmesi bordó la nieve,  
Siendo al llegar su labio á la corriente,  
Una guija de aljófar cada diente,  
Un hoyo entre la barba se escondia,  
Que una gota del agua consentia,  
Y tanto, que admirado dudé al verla  
Si en su distrito se cuajaba perla;  
Sacó las manos del arroyo iguales  
Y sacudió cristales de cristales.  
Levantóse del suelo airosamente,  
Sacó un cendal de nieve trasparente  
Que en la manga traia,  
Púsole al rostro y anublóse el día;  
Y enjugándose el cielo de diamante,  
Tan equívoco estaba en su semblante,  
Que no siendo matices, ni bien flores,  
Se anduvieron buscando sus colores.  
Pero enseñando sus luceros bellos,  
No me hallé en todo yo, que estaba

[en ellos,  
Pues con haberme entonces escondi-  
[do,

Aun sin mirarme me dejó rendido.  
¿No suele cazador confuso y ciego [go,  
El plomo disparar que hostiga el fue-  
Que habiéndole á los aires disparado,  
Acírtala sin saber donde ha tirado?  
Así arrojando flechas de sus ojos,  
De esta hermosa deidad nuevos des-

[pojos,  
Libres alas de amor, del sol donaire,  
Pensando vincularlas en el aire, [to,  
En mi, que estaba entonces encubier-  
Lo contingente fué preciso acierto.  
Aurora deja aljófar cuanto pinta; [ta;  
Yo la sigo, ella se entra en una quin-  
Sé que es su nombre Blanca, sé su

[fama,  
Que es hija de Roberto, amor me lla-  
[ma,

Cierro el labio, dejando el pecho abier-  
[to,  
Temo que he de morir de no haber

[muerto;  
Su rostro miro, adoro su belleza,  
Hizose amor en mi naturaleza.  
Busco á su padre, dígame mi intento,  
Prométeme á su hija en casamiento;  
Pues que soy en Sicilia condestable,  
Escúchole amoroso, admito amable;  
Quedo contento, tarda esta esperanza,  
Temo cobarde, dudo otra mudanza,  
Quieróla amante, espérala remisio,  
Es fuerte mi dolor, mi amor preciso.  
Su padre no ha venido, yo le espero,  
Muere el Rey, de mi dicha desespero.  
El infante le hereda, es su privado,  
Muere mi gusto, vive mi cuidado;  
Aqueste es mi tormento, [siento.  
Mira si mucho siento, aunque más

[siento.  
Mira si mucho siento, aunque más

CUATRIN.  
La relacion suspende y maravilla,  
Que lleva al acabar su carretilla.

(Ruido.)  
CONDESTABLE.

¿Qué alboroto es aqueste?

CUATRIN.  
Que ha llegado [dado,  
El hermano del Rey, que le ha here-  
Y entra ahora en Palermo, segun ve-  
CONDESTABLE. [mos.

A este lado, Cuatrin, nos apartemos.

Salen ROBERTO, ROSAURA, ENRI-  
QUE, vestido de negro, y ACOMPAÑA-  
MIENTO; saca Roberto la firma de la  
mano.

ROBERTO.  
Generoso rey Enrique,  
De cuyo valiente pecho  
Se retrata lo invencible,  
Se origina lo discreto,  
¿Conoceis aquesta dama?

ENRIQUE.

Si la conozco, y tambien  
Por prima mia, y tambien  
Sé que ha estado mucho tiempo  
Fuera de aqui.

ROBERTO.

Pues dareisme  
Bien merecido silencio.  
Rugero, rey de Sicilia,  
Vuestro hermano, que en el cielo  
Pisa estrados de diamantes  
Cortésano de otro imperio,  
Por su testamento deja  
A Enrique por su heredero,  
Porque nunca tuvo hijos  
Ramas de su tronco rério.  
Manda tambien que se case  
(Así lo deja dispuesto)  
Con Rosaura, prima suya,  
Antes de tomar el cetro.  
Y de no querer casarse  
Ni obedecer sus preceptos,  
Manda, que este reino pase  
Al segundo hermano vuestro,  
Que está en Mesina; pues es  
Costumbre, que si muriendo  
El rey no tuviere hijos,  
Pueda, conforme á los fueros,  
Nombrar el rey un pariente,  
El que quisiere. Yo, viendo  
Que dejais á mi eleccion  
Cosas de tan grave peso,  
Hoy he avisado á Rosaura,  
Vuestra prima, que, sabiendo  
El suceso por mis cartas,  
Se puso en camino luégo,  
Y ha llegado á aqueste instante;  
Pero don Enrique viendo  
Lo que con Rosaura gana,  
Como obediente ha dispuesto  
Casarse ahora con ella,  
Por este consentimiento  
De su firma, que me ha dado  
Para ello.

ENRIQUE.

¿Válgame el cielo!

ROBERTO.

Y la Reina, mi señora,  
A su tío obedeciendo,  
Al lado de aquesta firma  
La suya tambien ha puesto;  
Aquestas son las dos firmas  
De los dos, y así al momento  
La podeis vos dar la mano,  
Que goces siglos eternos.

ENRIQUE.

¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

Mirad, Roberto, que yo...

ROBERTO.  
Vuestra Alteza ha sido el mesmo  
Que aquesta firma me dió,  
Y aqueste consentimiento,  
Y la Reina lo permite.

ROBERTO.  
Y para obligaros, quiero  
Ser la primera que os bese  
Vuestra mano. (Arrodillase.)

ENRIQUE.

Alzad del suelo,  
Pues yo vuestro esclavo soy,  
Y más amante que dueño;  
Roberto, escuchad.

ROBERTO.

Señor...  
ENRIQUE. (Ap.)  
En nuevos Etnas me enciendo,  
Esto se ha de deshacer,  
Pues sin mi gusto se ha hecho.

ROBERTO. (Ap. á Enrique.)  
Vuestra Majestad advierta,  
Que se ha de quedar sin reino,  
Que así el muerto Rey lo ordená;  
Y si algo á vuestro amor debo,  
Os suplico no rompáis  
Los soberanos decretos,  
Que aunque vuestra firma fuese  
Para mi hija, sospecho  
Que con Rosaura os casará;  
Pues de tan noble me precio  
Que á mi Rey obedeciera  
Siempre leal, siempre cuerdo.  
Y mirad que está empeñada  
Rosaura, y que nacen riesgos,  
Y que ha venido á casarse,  
Y que es muy grande el empeño,  
Que ha de volverse corrida,  
Y vos perderéis el cetro,  
Y ella se vendrá á casar  
Con vuestro hermano, supuesto  
Que hereda si no aceptais.

ENRIQUE.

¡Oh, nunca! ¡oh, nunca! Roberto,  
Os diera la firma en blanco.  
(Ap. ¿Qué haré? Mas si aqui la dejo,  
Gano á Blanca, á quien adoro,  
Y si Blanca, el reino pierdo;  
Ofenderáse Rosaura,  
Conjuraráse Palermo,  
Y, en efecto, he de perderme.  
¿Aqui de mis sentimientos!  
¿Qué he de hacer en este caso,  
Que si agora no obedezco  
Mi honor corre riesgo aqui?  
Y si lo hago, es mayor riesgo:  
Amor, honor me confunden.  
Mas, ¿qué dudo? Mas, ¿qué temo?  
Válgame la industria aqui;  
Yo disimulo, y convengo  
En ello, que mientras viene  
La dispensacion, intento,  
Conjurando mis vasallos,  
Tenerlo todo desecho.  
Esta noche veré á Blanca,  
Pues por el roto secreto  
De la rompida pared  
Me ofrezco ocasion el cielo;  
Y, en fin, ha de ser mi esposa.)  
Tomad, Rosaura, el asiento.  
(Siéntanse.)  
ROSAURA. (Ap.)  
Con el semblante me dice  
Aun más de lo que sospecho.  
ENRIQUE.  
¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

Mirad, Roberto, que yo...

ROBERTO.  
Vuestra Alteza ha sido el mesmo  
Que aquesta firma me dió,  
Y aqueste consentimiento,  
Y la Reina lo permite.

ROBERTO.  
Y para obligaros, quiero  
Ser la primera que os bese  
Vuestra mano. (Arrodillase.)

ENRIQUE.

Alzad del suelo,  
Pues yo vuestro esclavo soy,  
Y más amante que dueño;  
Roberto, escuchad.

ROBERTO.

Señor...  
ENRIQUE. (Ap.)  
En nuevos Etnas me enciendo,  
Esto se ha de deshacer,  
Pues sin mi gusto se ha hecho.

ROBERTO. (Ap. á Enrique.)  
Vuestra Majestad advierta,  
Que se ha de quedar sin reino,  
Que así el muerto Rey lo ordená;  
Y si algo á vuestro amor debo,  
Os suplico no rompáis  
Los soberanos decretos,  
Que aunque vuestra firma fuese  
Para mi hija, sospecho  
Que con Rosaura os casará;  
Pues de tan noble me precio  
Que á mi Rey obedeciera  
Siempre leal, siempre cuerdo.  
Y mirad que está empeñada  
Rosaura, y que nacen riesgos,  
Y que ha venido á casarse,  
Y que es muy grande el empeño,  
Que ha de volverse corrida,  
Y vos perderéis el cetro,  
Y ella se vendrá á casar  
Con vuestro hermano, supuesto  
Que hereda si no aceptais.

ENRIQUE.

¡Oh, nunca! ¡oh, nunca! Roberto,  
Os diera la firma en blanco.  
(Ap. ¿Qué haré? Mas si aqui la dejo,  
Gano á Blanca, á quien adoro,  
Y si Blanca, el reino pierdo;  
Ofenderáse Rosaura,  
Conjuraráse Palermo,  
Y, en efecto, he de perderme.  
¿Aqui de mis sentimientos!  
¿Qué he de hacer en este caso,  
Que si agora no obedezco  
Mi honor corre riesgo aqui?  
Y si lo hago, es mayor riesgo:  
Amor, honor me confunden.  
Mas, ¿qué dudo? Mas, ¿qué temo?  
Válgame la industria aqui;  
Yo disimulo, y convengo  
En ello, que mientras viene  
La dispensacion, intento,  
Conjurando mis vasallos,  
Tenerlo todo desecho.  
Esta noche veré á Blanca,  
Pues por el roto secreto  
De la rompida pared  
Me ofrezco ocasion el cielo;  
Y, en fin, ha de ser mi esposa.)  
Tomad, Rosaura, el asiento.  
(Siéntanse.)  
ROSAURA. (Ap.)  
Con el semblante me dice  
Aun más de lo que sospecho.  
ENRIQUE.  
¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

Mirad, Roberto, que yo...

ROBERTO.  
Vuestra Alteza ha sido el mesmo  
Que aquesta firma me dió,  
Y aqueste consentimiento,  
Y la Reina lo permite.

ROBERTO.  
Y para obligaros, quiero  
Ser la primera que os bese  
Vuestra mano. (Arrodillase.)

ENRIQUE.

Alzad del suelo,  
Pues yo vuestro esclavo soy,  
Y más amante que dueño;  
Roberto, escuchad.

ROBERTO.

Señor...  
ENRIQUE. (Ap.)  
En nuevos Etnas me enciendo,  
Esto se ha de deshacer,  
Pues sin mi gusto se ha hecho.

ROBERTO. (Ap. á Enrique.)  
Vuestra Majestad advierta,  
Que se ha de quedar sin reino,  
Que así el muerto Rey lo ordená;  
Y si algo á vuestro amor debo,  
Os suplico no rompáis  
Los soberanos decretos,  
Que aunque vuestra firma fuese  
Para mi hija, sospecho  
Que con Rosaura os casará;  
Pues de tan noble me precio  
Que á mi Rey obedeciera  
Siempre leal, siempre cuerdo.  
Y mirad que está empeñada  
Rosaura, y que nacen riesgos,  
Y que ha venido á casarse,  
Y que es muy grande el empeño,  
Que ha de volverse corrida,  
Y vos perderéis el cetro,  
Y ella se vendrá á casar  
Con vuestro hermano, supuesto  
Que hereda si no aceptais.

ENRIQUE.

¡Oh, nunca! ¡oh, nunca! Roberto,  
Os diera la firma en blanco.  
(Ap. ¿Qué haré? Mas si aqui la dejo,  
Gano á Blanca, á quien adoro,  
Y si Blanca, el reino pierdo;  
Ofenderáse Rosaura,  
Conjuraráse Palermo,  
Y, en efecto, he de perderme.  
¿Aqui de mis sentimientos!  
¿Qué he de hacer en este caso,  
Que si agora no obedezco  
Mi honor corre riesgo aqui?  
Y si lo hago, es mayor riesgo:  
Amor, honor me confunden.  
Mas, ¿qué dudo? Mas, ¿qué temo?  
Válgame la industria aqui;  
Yo disimulo, y convengo  
En ello, que mientras viene  
La dispensacion, intento,  
Conjurando mis vasallos,  
Tenerlo todo desecho.  
Esta noche veré á Blanca,  
Pues por el roto secreto  
De la rompida pared  
Me ofrezco ocasion el cielo;  
Y, en fin, ha de ser mi esposa.)  
Tomad, Rosaura, el asiento.  
(Siéntanse.)  
ROSAURA. (Ap.)  
Con el semblante me dice  
Aun más de lo que sospecho.  
ENRIQUE.  
¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

¿Qué de penas es un mal!

ENRIQUE.

¿Qué de penas es un mal!

## CASARSE POR VENGARSE.

Digo, un rocín, que es compuesto  
De pescado y de cecina  
Por lo magro y por lo seco.

Buen humor.

¿Ni lo sereis?

¿Quiéreis mucho el Condestable?

Soy un secretario lego  
Con quien sus secretos parte,  
Pero nunca sus dineros;  
Porque destos no he sabido  
Ni públicos ni secretos.

En efecto, ¿qué quereis?

A pediros sólo vengo  
Mandéis que de vuestra parte,  
Dé un recado al tesorero,  
Que aunque me llaman Cuatrin,  
Que es moneda destos reinos,  
Con ser moneda mi nombre  
Ni un solo mi nombre tengo.

Decid que os den cien escudos.

Mandad más, porque supuesto  
Que los ciento no han de darme,  
Viene á ser en vos defeto  
Mandar ciento y no cien mil,  
Y vos cumplireis con esto  
A ley de rey generoso;  
Y yo llevaré el consuelo  
Que me mandaron cien mil  
Ya que no me dan los ciento. (Vase.)

¿Qué ruido es este?

Es mi hija,  
Que ha tardado desde el tiempo  
Que yo la he enviado á llamar.

Mayores desdichas temo.

¿Qué os alborotais? Sentaos.

(Ap. ¡Ay, Blanca mia!) Obedezco.

¡Sale BLANCA.

Llega y dale el parabien  
Del dichoso casamiento  
Con Rosaura, que es su prima.

¿Qué decis? (Ap. Pero si veo  
La ofensa, si mis desdichas,  
Si mis oprobios advierto,  
Si sus traiciones admiro,  
Y si sus engaños siento,  
¿Qué he de hacer? Aquí pesares,  
Aquí prolijostormentos.)

Da el parabien á los reyes.

(Ap. Mas yo disimulo.) El cielo,  
(Llegue á Rosaura.)  
Señora, de vuestras ramas

Produzca claros renuevos,  
Y goceis á vuestro esposo  
Los años de mi deseo.

Doña Blanca, como es justo  
Agradezco vuestro celo.

Y á vos el cielo (Ap. ¡Ah traidor!),  
Señor del alarbe imperio  
Os llame (Ap. ¡Ah cruel! ah falso!),  
Y los sicilianos vuestros  
(Ap. Os den la muerte), atrevidos,  
Postren mundos á ese cetro.  
(Ap. Que me llevan mis dolores.)

Que me lleva mi tormento.

¿Que esto sufro!

Mucho al sufrimiento debo,  
Que fuera bien, gran Señor,  
Que vuesa Alteza...

Que es razon pagar servicios  
Que he debido al pecho vuestro.

¡El Rey confuso, ella triste!  
Esta noche, vive el cielo,  
La he de casar con el Conde  
En la quinta. Honor, teneos.

El Condestable ha pedido  
Vuestra mano.

¡Esto consiento!

¿Qué decis?

Que yo, Señor...

Vuestros recatos entiendo;  
Yo me acordaré de entrambos.

Mal haya, amén, mi silencio.

(Ap. En los ojos le he leído  
A Enrique los pensamientos.)  
Vamos, que á besar tu mano  
Está aguardando Palermo.  
(Levántanse.)  
BLANCA. (Ap.)

¿Que yo calle...

¿Este amor!

¿Aqueste incendio!

¿Estos celos!

¡Ay, que por Blanca me muero!

¡Ay, que la ofensa me mata!

¡Ay, que en mi pena me anego!

Todo es confusión.



ROSAURA.  
¡Qué enojos!

BLANCA.  
¡Qué desdichas!

ENRIQUE.  
¡Qué tormentos!

BLANCA.  
¡Ay, si me vieras el alma!

ENRIQUE.  
¡Ay, si me vieras el pecho!

(*Entranse todos y detiene Roberto Blanca.*)

ROBERTO.  
Hija, el Rey está casado,  
Tú también te has de casar;  
Esta noche han de cesar  
Las guerras de mi cuidado.  
El Condestable ha de ser  
Tu esposo, que te ha pedido;  
Es noble, y yo te he ofrecido.

BLANCA.  
Señor...

ROBERTO.  
No hay que responder;  
A prevenir voy el coche,  
Y al Conde avisar querría,  
Porque en nuestra casería  
Se haga la boda esta noche.

BLANCA.  
Señor, si me das licencia...

ROBERTO.  
No hay por qué tu labio se abra,  
Que en dando yo mi palabra  
No ha de faltar tu obediencia. (*Vase.*)

BLANCA.  
¡Oh, tú, columna del cielo,  
Tú, monte del sol Atlante,  
Ciudadano de los astros!  
¿En qué entiendes, que no abates  
Sobre este misero objeto  
Tanta poca inconstancia,  
O en prodigios que despeñes,  
O en montañas que desgajes?  
A tí digo, estrella fija,  
(¿Fija dije? Miento, errante;  
Pues ya á los cielos me subes  
Y ya al abismo me abates.)  
¿Qué me quieres? Déjame,  
No con discursos neutrales  
Un pecho constante venzas,  
Un alma alteres diamante,  
O muera yo de una vez,  
O mis alientos me falten,  
O la injuria me atropelle  
O el sentimiento me acabe.  
¡Ah, Enrique, rey de Sicilia!  
¿Así á quien eres faltaste?  
¿Tú habías de ser mi esposo?  
¿Tú eres aquel firme amante  
Que venció de mis discursos  
Bien nacidas libertades?  
No porque de mi recato  
Mi amor decente pasase,  
Sino porque me empañé  
En querer y adorarte.  
¿Por seis años de finezas  
Un breve imperio trocaste?  
¿No es el gusto monarquía?  
¿Ay de mí, que me combaten  
A diluvios las desdichas  
Y los tormentos á mares!  
Plegue á Dios, Enrique aleve,  
Pues ingrato me dejaste  
Por Rosaura, que una fiera  
Entre esos espesos sauces,  
Cuando salieres á caza,  
Hambrienta te despedace;

O si á caballo subieres  
Por los desiertos ramblares  
De esa intrincada maleza,  
Desenfrenado te arrastre,  
Y plegue al cielo (¿qué digo?)  
Que si acaso lo intentáre,  
Al precipitarse rayo  
Le inundes por los ijares.  
La fiera, león ó tigre,  
Prodigio de esos jarales,  
Al revolverte suplicio,  
Te desvanezca cadáver.  
¿Mas yo he de quedar muriendo,  
Tú contento has de quedarte?  
Aborézcate tu esposa  
Con iras tan eficaces  
Que tu muerte solicite  
Cuando por ella te abrases,  
Y ella muera de mi fuego;  
Abrásenla los volcanes  
Que de mi encendido pecho  
Rayos exhalados salen.  
Pero ella, ¿qué culpa tiene?  
Y tú, que al reino aspiraste,  
Tampoco no tienes culpa.  
¿Quién la tiene? Yo. Pues hasten  
Las celosas intenciones  
Y atropelladas lealtades.  
¿Qué haré yo para el castigo  
Que debo á mi misma sangre?  
¿Cómo me daré yo muerte,  
Pues de tan viles u'trajes  
Yo sola tengo la culpa?  
¿Cómo podré castigarme  
Yo misma? Mas ya sé el cómo.  
¿No me ha dicho aquí mi padre  
(A fuerza de mi obediencia)  
Que con el Conde me case?  
¿Pues qué mayor muerte quiero,  
Si le aborrezco constante,  
Para vengarme de mí?  
Si Enrique me quiso ántes,  
Y ahora también me quiere,  
Para que en celos se abra;  
Si no me quiere, también  
Por mi enojo he de casarme  
Para vivir desdichada,  
Para castigar mis males;  
Porque él viva y muera yo,  
Porque su fuego descanse,  
Porque el enojo me incite,  
Porque esta pena me afane,  
Porque esta llama me encienda,  
Y porque Sicilia cante  
Que ha habido en ella mujer  
Que en sí ha querido vengarse.

## JORNADA SEGUNDA.

*Salen á un tiempo por las dos puertas,  
medio desnudos, EL CONDESTA-  
BLE y ROBERTO, con las espadas  
desnudas, y EL CONDE, con una  
luz en la mano, y encuéntranse en  
medio del tablado.*

ROBERTO.  
¿Qué ilusiones, Condestable,  
Qué fantásticos engaños  
Vuestro pecho han suspendido  
Y nuestro lecho alterado?  
Cuando con Blanca, mi hija,  
Vuestra esposa, pensé hallaros  
Más amante que marido  
Y más fino que casado,  
Por ser la primera noche  
Que entre sus luceros claros

Os vinculasteis dichoso,  
Mariposa de sus rayos,  
Os levantaiis poco cuerdo,  
Y con la espada en la mano  
Desvaneciéis á los aires  
Vuestros impetus gallardos,  
Y habiendo pedido luz,  
El semblante desmayado,  
Colérica la razon,  
Muerto el amor, vivo el daño,  
Toda la casa mirais?  
Decid, pues solos estamos,  
¿Qué arrojamiento conduce  
A vuestro error, vuestros pasos?

CONDESTABLE.

¿No sois noble?

ROBERTO.

Si lo soy.

CONDESTABLE.

¿Prometeis que vuestros labios  
Puertas sean, que cerradas  
Oculten agravios tantos?

ROBERTO.

Así la palabra os doy;  
Pondré al silencio candados.

CONDESTABLE.

¿No os toca mi honor también  
Como á padre mio?

ROBERTO.

Es llano,

Y la defensa me toca.

CONDESTABLE.

Pues óyeme atento un rato:  
En túmulos de cristal  
No bien Febo sepultado,  
Le hicieron funestas honras  
Los huracanes nevados,  
Cuando sin las prevenciones  
Usadas en los palacios,  
Sin pedir al Rey licencia,  
En su privanza fiado,  
En aquesta casería  
(Bello objeto de esos prados)  
Me disteis á doña Blanca  
Esta noche.

ROBERTO.

Al caso vamos:

Ya os desposasteis con ella,  
Porque ántes enamorado  
Me pedisteis por favor  
Que os diese su blanca mano.

CONDESTABLE.

Anoche, pues, como digo,  
No bien en tálamo blando  
En el éxtasis de amor  
Iba repitiendo abrazos.  
Cuando á Blanca, vuestra hija  
(Vuelvo otra vez á avisaros  
Que sólo como á mi padre  
Mis congojas os declaro).

ROBERTO.

No tengais, Conde, recelos,  
Que por padre y por anciano  
Me debéis cuerdos avisos;  
Porque es á veces descanso  
El declarar los pesares  
A quien puede remediarlos.

CONDESTABLE.

En efecto, yo amoroso,  
Prudente, apacible y grato,  
Almas dando en las razones  
Y espíritus en los labios,  
A Blanca, apenas mi esposa,  
Blandamente me consagro,  
(Que áun el dueño en los principios  
Necesita de agasajos.)  
Cuando de sus bellos ojos

Dos arroyos destilados  
Por la margen de su rostro,  
Retóricamente falsos,  
De mis futuras desdichas  
Me anunciaron los presagios.  
Y como la boca abría,  
(Ya desmayado topacio)  
Y las lágrimas bajaban  
Por sus manantiales claros,  
Y entrándose fugitivas  
Por el clavel desplegado,  
Iban á su centro el alma,  
Vino á ser mayor el llanto,  
Pues exhalaba otra vez  
Lo mismo que habia llorado.  
Los suspiros que arrojaba  
Con despegos, con enfados,  
Eran volcanes deshechos  
Y eran congelados rayos.  
Tanto, que al volverse entónces  
Mal hallada entre mis brazos  
A un lado, mató una vela,  
Que en un bufetillo acaso  
Estaba á la cabecera;  
Y por accidente extraño,  
No con maña ni con soplo,  
Que ese es suceso ordinario,  
Sino el fuego de un suspiro,  
Volvió la llama á su estado.  
Pero viendo en Blanca entónces  
Más que lisonjas, cuidados,  
Apartéme á la fineza  
Y retiréme al agrado.  
Finjo sueño, miente el alma;  
La voz guardo, prendo el labio;  
Casi dos horas despues  
Neste suceso pasaron,  
Ella suspirando siempre,  
Yo siempre disimulando,  
Cuando sintiendo mis penas,  
Siento en el retrete pasos;  
No lo creo, aunque lo escucho,  
Si lo dudo, aunque lo alcanzo.  
Doy el oído al silencio,  
A la evidencia me aguardo,  
Y oigo decir, «Blanca, Blanca».  
Ella, si no con los labios,  
Respondió con la inquietud  
Y el alboroto; que hay casos  
En que por los accidentes  
Se acreditan los agravios.  
Yo, aunque á oscuras (¿qué de penas!)  
Tomo la espada irritado,  
Y á la venganza y castigo,  
O me arrojo ó me levanto;  
Tiro con la espada un golpe,  
Hallo en un broquel reparo,  
Y que me tira también  
Mi enemigo ó mi contrario.  
Sigole, y él se retira  
A esa cuadra; tras él salgo,  
Doy voces, y sacan luces  
A este tiempo tus criados;  
Y cuando pensaba hallar  
La causa de asombros tantos,  
Ni á mí me hallé en mi sentido,  
Ni á nadie en las piezas hallo.  
Tomo la luz, como vide,  
Y hallo los cuartos cerrados  
Por de dentro con cerrojos,  
Mi esposa sola en su cuarto  
Suspensa deste suceso;  
Yo mi ofensa imaginando,  
Dudo más y admiro más,  
Peno, sufro, siento y callo;  
Ya ilusiones imagino,  
Ya me confundo en encantos.  
Pues si no es que haya salido  
Por el aire, no h'y presagios,  
Estando cerrado todo,  
De que esto me haya pasado.  
Lo cierto es que oí la voz,

## CASARSE POR VENGARSE.

Que he reñido, que he dudado,  
Que está Blanca descontenta,  
Que has salido y me has hallado,  
Que aquesto me ha sucedido,  
Y que debes, como sabio,  
O reducirme á consejos,  
O habilitarme á cuidados.

ROBERTO.  
Condestable de Sicilia;  
Aunque debiera culparos  
En que acreditais ofensas  
Ilusiones de un encanto,  
No basta el enojo mio  
Ahora para enseñaros  
Cómo debéis proceder  
En tan aparentes cargos.  
Y no os hablo como padre  
De Blanca, ni apasionado  
En las cosas de mi honor,  
Como vuestro padre os hablo.  
Decis que Blanca, mi hija,  
Vestida de desagradados  
Al amor que amante os debe,  
Esta noche se ha negado.  
Decidme, ¿sabeis que ayer,  
Aun no á Enrique coronamos  
En Palermo, cuando yo,  
Peligros atropellando  
Sin que lo supiera el Rey,  
De vuestra sangre obligado,  
Viendo á esta casería  
Os di liberal su mano?  
Pues si ella remisa entónces,  
Yo entónces determinado  
Quise atropellar su amor,  
No acreditéis por extraños  
Despegos tan naturales:  
Al amor engendra el trato;  
No tan presto ha de quereros,  
Tiempo habrá para obligaros,  
Que es delito en los principios  
Hacer el amor halagos.  
Personas hay que quisieran  
La noche de desposados,  
Aun en sus propias mujeres  
Hallar decentes recatos,  
Porque presumen celosos  
O imaginan destumbrados,  
Que quien sabe hacer finezas  
A los primeros abrazos,  
Pues la representa en él,  
Que en otro las ha ensayado.  
Y en lo que decis, que oisteis  
Esa voz, desengañaos,  
Fábula es de vuestra idea;  
Que es la ilusion un engaño,  
Que más que lo visto en ella,  
Viene á ser lo imaginado.  
¿Quereis ver que es ilusion  
De vuestro confuso encanto?  
Muchas veces no os sucede  
Estar tan ciego y tan vario,  
Que aquello mismo que hicisteis  
Dudais si fué imaginado  
Con la fuerza de la idea  
Y aprension? Pues al contrario;  
Puede ser que aquello mismo  
Que fué un ente del engaño,  
Una ilusion del sentido  
O un discurso apresurado,  
Tan receloso os confunda  
Y os reduzca tan extraño  
Que acreditéis sucedido  
Lo que áun no fué en vos pensado.  
Y si hubo ruido de espadas,  
¿Cómo ni vuestros criados  
Ni los mios han sentido  
La presencia? Moderaos  
En las fantasías, Conde,  
Que ¿cómo estando cerrados  
Los postigos por de dentro

Pueda alguno haber entrado?  
Y si alguien dentro quedára  
Al acostaros, no es llano  
Que al salir dejára abierto?  
¿Veis como estais engañado?  
¿Como es fantasia vuestra  
Que os engolfa en vuestro engaño?  
Y aunque me debais enojos,  
Sabed, que nunca me espanto  
De ilusiones del sentido  
Que son en el alma agravios;  
Y en los casos del honor  
Que son los forzosos casos,  
No cumplierades con vos  
Si valiente y arrojado  
No os levantarais del lecho,  
Siquiera á desengañaros;  
Que cuando las ilusiones  
Vienen á costar cuidados,  
En el escrúpulo sólo  
Queda un noble deshonorado.  
Esto supuesto, volved,  
Con tan precisos descargos  
A los requiebros primeros,  
Que puesto que yo os allano  
Dificultades de honor,  
Tocándome de ellas tanto,  
Os podreis asegurar  
Cuando en vuestro honor me encargo;  
Con que á un mismo tiempo aquí  
Cumplis con vuestro recato;  
Yo cumplo con mi consejo,  
Y habremos dispuesto entrambos,  
Yo consejos, vos finezas,  
Avisos yo, vos agrados,  
Y, en fin, Blanca, vos y yo  
Tendremos asegurado,  
Blanca amor y vos sosiego,  
Glorias ella y yo descanso.

CONDESTABLE.

A evidencias del discurso  
No he de mostrarme contrario;  
Pues me está tan bien creerlos,  
Digo, que yo me he engañado;  
Y pues Blanca está vestida  
Y sale ya de su cuarto,  
Vos, Señor, os retirad,  
Que quiero amoroso y grato  
Agasajarla discreto  
Y desmentir avisado  
De su ofensa los indicios  
Y de mi amor los recatos.  
Y pues que ya ha amanecido,  
Esa luz podeis llevaros.

ROBERTO.

Sois discreto.

CONDESTABLE.

Sois prudente.

ROBERTO.

Mucho debo á vuestro agrado;  
Vuestro padre y vuestro amigo  
He de ser. (*Vase.*)

CONDESTABLE.

Yo vuestro esclavo;  
Vestirme quiero, si es fuerza  
Que han de salir mis criados,  
Y mirando mi alboroto  
No sabrán mis desengaños.

(*Arrímese á una puerta donde estará  
un bufete con la ropilla, capa y som-  
brero y golilla y vueltas, pretina y  
daga, y acabarse ha de vestir.*)

Sale BLANCA por la otra puerta.

BLANCA. (Ap.)

Ni sé de mis pensamientos  
Ni mis discursos alcanzo,  
Y aunque en toda yo me busco,  
En toda yo no me hallo.



Anoche Enrique (¡ay de mí!),  
Como la llave ha guardado  
De la puerta del jardín,  
Mis infortunios dudando,  
No sabiendo el desposorio  
Se entró por él hasta el cuarto  
De la rompida pared;  
Pero no bien hubo entrado  
Cuando le sintió mi esposo:  
Salió tras él; mas á caso  
Se volvió á salir á oscuras  
La rota pared cerrando,  
Con que está dudoso el Conde;  
El está aquí, yo le hablo,  
Aunque fuerce mi albedrío:  
¿En qué confusión, qué caos,  
Se confunden mis sentidos!  
¿Que un amor de tantos años  
Olvide tan presto á Enrique!  
¡Por los cielos soberanos  
Que si vengarme pudiera...  
Pero paso, penas, paso:  
Teneos, honor; tente, ofensa.  
Señor y dueño... No hallo  
Camino para fingir;  
Pero, corazón, ¡injamos;  
Que no soy yo la primera  
Que en tan miserable estado  
Para aquel que ménos quiere  
Se apercibe de agasajos.

CONDESTABLE.

Esposa del alma mía...

BLANCA.

Dueño y señor soberano...

CONDESTABLE.

No en balde ese prado ameno,  
Fragante alcázar del Mayo,  
Copa en que la blanca aurora  
Bebe aljofar destilado,  
Os hace salva de flores  
Como á general del campo,  
Abatiendo las banderas  
De sus cogollos nevados;  
No en balde...

BLANCA.

Tened, Señor,  
Vuestras finezas extraño,  
Que haber estado confuso  
Y arrojado levantaros,  
Hablarne ahora amoroso,  
Antes ciego y avisado...

CONDESTABLE.

No prosigais, deteneos;  
Que quiero desenganaros.  
Como quiso darme Dios  
Gloria en vos y dicha en mí,  
De uno me hizo dos aquí  
Por quereros como dos;  
Dos mitades fui por vos,  
Ejemplo de mi lealtad;  
Y así, esta noche pensad  
Que impaciente y arrojado  
Tuve en mi mismo cuidado  
Celos de mi otra mitad.  
Yo era aquel que me buscaba  
Esta noche en mi osadía,  
Mas cuanto me confundía  
Ménos tanto en mí me hallaba.  
Uno era, y dos me dudaba,  
A fuerza del ciego Dios;  
Y dije volviendo á vos:  
¿Por qué me busco importuno,  
Si no soy en mí más de uno  
Y para Blanca soy dos?  
Luego si en dos me partí  
Por quereros, fué fineza,  
Si el recelar fué extrañeza  
De tener celos de mí.  
Sacad, pues, Blanca, de aquí,  
Que siendo yo el homicida

De esta vida dividida,  
Mas fe en mis celos se advierte,  
Pues me buscaba la muerte  
Porque me dabais la vida.

BLANCA.

¡Oh, quién fería á suspiros,  
Dulce esposo, al escucharos,  
Como un pecho para amaros,  
Como un pecho para amaros,  
Mil almas para serviros!  
Mis cuidadosos retratos,  
Si os han causado groseros,  
No es, Conde, por no quereros,  
Que en este mar del amar,  
Antes fué por conquistar  
Almas para mereceros.  
Es mi amor tan desigual  
De lo que amor suele ser,  
Que ha llegado á merecer  
Eternizarse inmortal.  
Tal se alienta anima tal  
En mis discursos ajenos,  
Que aunque viven de almas llenos,  
Como el vuestro queda atrás,  
Por sólo deberos más  
Me holgara que fuera ménos.  
A eternidad se convida  
A queste amor lisonjero,  
Que siempre el amor primero  
Es el que dura en la vida;  
Y si la parca homicida  
Cortare el hilo mejor  
De vuestra vida, mi ardor  
Me asegura en mi cuidado,  
Que aunque vos me hayais faltado,  
No puede faltar mi amor.

CONDESTABLE.

Equivoca habláis, Señora,  
Con diferente sentido;  
Pero aquí siento ruido,  
Dejémoslo por ahora.

Sale CUATRIN.

CUATRIN.

Sobre un mal domado potro,  
Comediante de la legua,  
Porque solo en los lugares  
Los galanes representan;  
Postillon de la campana,  
Cortés por toda excelencia,  
Pues á cada paso suele  
Hacer dos mil reverencias,  
Se apea en aqueste instante...  
Pero ya pienso que llega;  
El dirá quien es, pues yo  
Quise pintaros la yegua.

Sale ENRIQUE.

ENRIQUE.

No éntre ninguno conmigo;  
Quedaos todos allá fuera.—  
¿Condestable! ¿Doña Blanca!

CONDESTABLE.

Señor, ¿cómo vuestra Alteza  
Hace alcázar esta quinta  
Y hace cielo aquesta selva?

ENRIQUE.

He salido esta mañana  
A fatigar la maleza  
Desos montes, que á los cielos  
Eternidades apuestan,  
Con la Reina, y descubriendo  
Vuestra quinta, quise en ella  
Daros los justos castigos  
De vuestras inobediencias;  
Y así, la Reina dejando  
En la nevada ribera  
A quien airado Neptuno  
Con globos de espuma argenta,

Vengo á castigar delitos  
De las intenciones vuestras.  
¿Cómo os habeis atrevido,  
Conde, sin daros licencia  
A desposaros con Blanca?  
¿Qué resolución es esa?  
Vive Dios, que en mis enojos  
Vuestros escarmientos vean,  
Cortándoos las viles alas.

CONDESTABLE.

Señor...

ENRIQUE.

No me deis respuesta.

CONDESTABLE.

Roberto, padre de Blanca,  
Me dijo, que vuestra Alteza  
Lo permitió; y así, yo...

ENRIQUE.

Vive Dios, que si entendiera...  
Pero llamadme á Roberto,  
Porque los castigos tenga  
Quien tuviere los delitos.  
Id á llamarle.

CONDESTABLE. (Ap.)

Hoy recela  
El alma nuevas desdichas.

(Va á llamarle.)

ENRIQUE.

Salios fuera vos.

CUATRIN.

Con sólo un guiñarme de ojo,  
De dos trancos á Ginebra:  
¿Qué es á Ginebra? á Dalmacia.  
¿Qué es á Dalmacia? á la Armenia.  
Y así por no dar enojos,  
Cejando con reverencias  
Mas que quien lleva prestado,  
Me ire tomando la vuelta  
Desta sala hasta la otra,  
Donde reyes no me vean,  
Dando este paso hacia aquí,  
Con gorraditas mas bien hechas  
Que dan los que entran de balde  
A un cobrador de comedias. (Vase.)

ENRIQUE.

Blanca ingrata, fiera hermosa,  
Basilisco destas selvas,  
Hechizo tiranamente,  
Blandamente ingrata hiena,  
Que engañando con la voz  
Das muerte á tu forma mesma.  
Vive el cielo, estingue aleve...

BLANCA.

Vuestra Alteza se detenga,  
Que no desmienten engaños  
Coléricas impaciencias;  
Si viene á darme á entender  
Que de mí empleo le pesa,  
No le pese, vive el cielo,  
Ni á mí tampoco me inquieta  
Que vuestra Alteza se case  
Con Rosaura; y así sea  
Igual en los dos aquí  
La ingrata correspondencia;  
Que yo con mi esposo, el Conde,  
Tan gozosa, tan contenta  
Me hallo desde anoche acá,  
Que solamente me pesa...

ENRIQUE.

¿Qué?

BLANCA.

Que no haya sido antes.

ENRIQUE.

¿Que esto mi enojo consienta!

BLANCA.

Ya senti que anoche entró.

Por la rota pared, y esta,  
Más que fineza es injuria,  
Más que lisonja es ofensa.

ENRIQUE.

Quando olvidando el imperio,  
Que lo es mayor tu belleza,  
Venía anoche á casarme,  
¿Tan presto á llevar te dejás  
De un agravio que es amor,  
De una injuria que es fineza?  
En fin, ¿te has casado?

BLANCA.

Sí;

Venguéme de tus ofensas.

ENRIQUE.

¿Esa es venganza?

BLANCA.

Es valor.

ENRIQUE.

¿Y tu amor?

BLANCA.

Tarde te quejas;

Tú me dejaste.

ENRIQUE.

Tú fuiste

La que por una sospecha  
O quizá por un deseo,  
Te casaste.

BLANCA.

¿Tú me niegas

Que por reinar me olvidaste?

Sale EL CONDESTABLE.

ENRIQUE.

Es engaño.

BLANCA.

Es evidencia;  
Lo que yo digo es verdad.—  
Llega, esposo, y dale cuenta,  
Porque está su Majestad  
Culpando tu inobediencia,  
Y yo te estoy disculpando.  
(Ap. El alma ya por la lengua  
Iba á arrojarse. ¡Ay de mí!  
¿Que mis congojas me ciegan!)

ENRIQUE.

Conde, ¿no viene Roberto?

CONDESTABLE.

Dicen que está en la ribera  
Con la Reina, mi Señora.  
(Ap. ¿Qué me perseguís, sospechas?  
¿Qué me queréis, fantasías?  
¿El Rey dejando á la Reina  
Se viene á la casería?  
¿Qué enigmas, cielos, son estas?)

ENRIQUE.

Aunque Roberto os casase,  
Vuestra culpa es manifiesta,  
Pero es fuerza perdonaros;  
Y así, mañana quisiera  
Que á Palermo vengais, Conde.

(Ruido.)

¿Pero qué es esto?

CONDESTABLE.

La Reina,  
Que con Roberto ha llegado.

ENRIQUE.

No quisiera que me viera;  
¿Por dónde podré salir?  
Que se ha de enojar por fuerza,  
Pues la dije que á Palermo  
Me volvía.

CONDESTABLE.

Sin que os vea  
No puede ser.

## CASARSE POR VENGARSE.

ENRIQUE.

¿Qué he de hacer?

CONDESTABLE.

Mirad que á esta cuadra llega.

ENRIQUE.

Pues yo me arrojo á salir.

Sale ROSAURA y ROBERTO.

ROSAURA.

Señor, ¿cómo vuestra Alteza  
En aquesta casería?

ENRIQUE.

Como pasaba por ella,  
Y he entrado á ver á Roberto,  
Que desde mi edad primera  
Me ha criado; ya sabeis  
Que estas son forzosas deudas  
De quien soy.

ROSAURA.

Teneis razon;

Merecen mucho las prendas

De Roberto.

ROBERTO.

El cielo os guarde.

ROSAURA.

Blanca, ¿de qué es la tristeza?  
Vos, Conde, ¿qué os suspendeis?  
Roberto...

CONDESTABLE.

¡Ay honor!

ROSAURA.

Me cuenta

Que queréis á Blanca mucho.

CONDESTABLE.

Tanto, que si ser pudiera,  
Que todos los que han amado  
Con diferentes finezas  
Aquel amor redujesen  
A un sugeto, y éste fuera  
Capaz de sufrirle todo,  
Y contra naturaleza  
Aspirar á ser mayor,  
Y otra vez se repartiera  
Entre todos los amantes,  
Fuera el hacer competencia  
Una luz á la del día,  
Una flor con las estrellas,  
Un arroyo con el mar  
A la menor llama destas  
Que siento en el corazón;  
Porque en Blanca tan discreta,  
Tan hermosamente afable,  
Tan gallardamente bella,  
Que ella merece por sí,  
Como todas las bellezas.  
Luego si una, siendo todas,  
Vive eterna en mis potencias,  
Viendo los méritos suyos  
Para pagarlos, es fuerza,  
Si merece como todas,  
Que como todas la quiera.

ROSAURA.

Bien encarecido está.

BLANCA.

Poco el Conde me debiera  
Si yo no digo mi amor  
(Vuestra Alteza dé licencia),  
Que entre dos que bien se quieren  
Fuera muy poca fineza,  
Que el uno su incendio diga  
Y otro calle sus ternezas.  
Es mi amor tan excesivo,  
Que ántes que mi esposo fuera  
Sin haberle visto nunca,  
Dentro de mi propia idea  
Le estaba queriendo siempre,

Tanto, que en mí es evidencia,  
Que no por verle le quise,  
Sino por naturaleza.  
Pues si amor es accidente  
Que en el sentido se engendra,  
Y mi esposo, el Conde, aquí  
De su afecto me confiesa  
Que me quiso por mirarme,  
Más gloria á mi amor se deba,  
Pues yo le adoré sin verle;  
Siguese, pues, que aunque tenga  
Amor como todos juntos,  
Ese mismo amor me enseña  
Que habiendo sido accidente,  
Por accidente pudiera  
Faltar también este amor.  
Luego es fuerza que le exceda,  
Si mi amor es natural  
Y su amor es contingencia.

ENRIQUE.

Mucho más le quiere Blanca.

(Ap. ¿Qué esto mi dolor consienta?)

BLANCA. (Ap.)

¿Que á este tiempo haya llegado!

CONDESTABLE. (Ap.)

¡Ah, si éstas verdades fueran!

ROSAURA. (Ap.)

¡Ah, si así le quiere Blanca!

BLANCA. (Ap.)

Míenojo y mi agravio sientan.

ROSAURA.

Ya es hora de ir á Palermo.

CONDESTABLE.

Permitame vuestra Alteza  
Que vaya hasta allá á servirla,  
Puesto que no hay media legua  
Desta quinta hasta la corte.

REINA.

Quedaos, Condestable, en ella,  
Porque sois recién casado,  
Y es doña Blanca muy bella,  
Y hareis falta en vuestra casa.

CONDESTABLE.

Mi silencio es mi obediencia.  
(Ap. ¿Qué agravios! Qué desconuselos!)

ROSAURA.

Roberto conmigo venga.

ROBERTO.

Obedeceros es justo.

ROSAURA.

¿No está cansado tu Alteza  
De haber andado esta noche  
Fatigando la maleza?  
¿No venis?

ENRIQUE.

Ya os obedezco.

CONDESTABLE. (Ap.)

¡Esta noche ha estado fuera!

ROSAURA.

Blanca, pues teneis esposo  
Que vuestras partes merezca,  
Veneralde como á tal;  
No os digo más, sois discreta.  
Conde, pues la queréis tanto,  
Y ella adoraros confiesa,  
Mirad que es hermosa Blanca,  
Tened cuidado con ella.

(Vase Rosaura y Roberto.)

BLANCA. (Ap.)

Honor mío, valor mío,  
¿Dónde hallaré resistencia?  
Pero huir es valentía,  
Cuando es la desdicha cierta. (Vase.)

ENRIQUE.

Blanca, adios.